

GIOVANNI
PAPINI



**EL
LIBRO NEGRO**

El libro negro, segunda parte de *Gog* fue escrita por Giovanni Papini durante la Italia de la posguerra. Es un desfile de entrevistas realizadas por el excéntrico millonario Gog tanto a personajes verídicos (Mólotov, Picasso, Wright, Dalí, Hitler, Valéry, Huxley, Marconi, Lorca, Vóronov) como a otros totalmente imaginarios: su trama es la exposición de problemas políticos, morales, sociales, psicológicos y teológicos, desarrollados con la perspicacia y la hondura del autor de la *Historia de Cristo* y de *El Diablo*. Papini, en su Advertencia preliminar, justifica el título de su obra, que guarda cierta relación con las páginas de *Gog*: «Le puse ese título, elegido exclusivamente por mí, porque las hojas del nuevo diario corresponden casi todas a una de las edades más negras de la historia humana, o sea a los años de la última guerra y del período posbélico».

El genio inagotable del gran escritor italiano Giovanni Papini, que con su sola presencia llena casi medio siglo de la literatura europea, nos ofrece, con *El libro negro*, una muestra insuperable de su prodigioso talento, que sabe armonizar la más desenfrenada sátira con un lirismo conmovedor; el humor más hiriente con el diagnóstico exacto de los males de nuestra época.

ADVERTENCIA

Hace un año me llegó para antes de Navidad una carta firmada por Gog. Procedía de un puerto de Escocia y decía así:

Querido amigo:

El que le escribe no es un fantasma, sino aquel extraño nómada enfermo de los nervios, siempre enfermo y siempre nómada, a quien conoció usted hace ya veinte años en una casa de salud escondida entre los árboles.

Hace muchos años leí en la edición norteamericana la selección que usted hiciera de las cartas por mí remitidas. Juzgo que la selección fue bastante buena, y he de confesar que en esas viejas páginas volví a hallar gustosamente una lejana imagen de mí mismo, así como también el recuerdo vivo de algunos seres humanos a los que conociera en tiempos pasados. Su libro hizo que me dedicara otra vez a escribir el diario, labor abandonada por las recaídas en mi malestar habitual.

Continué recorriendo la tierra sin meta ni objetivo, tal como antes lo hacía, tomado nota, sin mayor orden, de lo que veía y oía en mis caprichosas y desvariadas peregrinaciones. Le ruego me haga saber si le agrada leer esta segunda parte de mi diario. También de ella podrá hacer el uso que le agrade,

traduciendo y publicando lo que juzgue mejor. Escriba o telegrafía a la dirección abajo indicada.

Sinceramente, de Ud. Atto. y S. S.

Gog

Telegrafíé en seguida al New Parthenon, la casa de campo del excéntrico multimillonario, haciéndole saber que me agradaría muchísimo recibir y leer lo que tan cortésmente me brindaba. No obtuve respuesta ninguna, pero al cabo de tres meses y desde un puerto de Méjico, me llegó un voluminoso paquete lleno de hojas escritas a máquina. Lo leí todo con suma atención y curiosidad y, al igual que la vez primera, hice una especie de antología de aquel original y abundante diario.

Esa selección es la que ofrezco ahora a los innumerables lectores de Gog esparcidos en todos los Países del mundo, y la titulo: *El libro negro*.

II

Le puse ese título, elegido exclusivamente por mí, porque las hojas del nuevo diario corresponden casi todas a una de las edades más negras de la historia humana, o sea, a los años de la última guerra y del período postbélico. Haré notar que prescindí de algunos fragmentos que me parecieron demasiado escandalosos y dolorosos. Hay en la naturaleza de míster Gog, junto a una morbosa avidez intelectual, un no sé qué de sádico, y de ésta su crueldad, aunque más no sea teórica y platónica, quedan trazas incluso en las páginas por mí traducidas.

Procediendo igual que en el pasado, Gog se ha acercado a los hombres más célebres y representativos de nuestro tiempo y las conversaciones mantenidas son casi siempre

sorprendentes y reveladoras. En este volumen podrán conocer los lectores, por ejemplo, el pensamiento de Mólotov y de Hitler, de Vóronov y de Ernest O. Lawrence, de Pablo Picasso y de Salvador Dalí, de Marconi y de Valéry, de Aldous Huxley y de Lin Yutang.

La mayor novedad de esta segunda parte del diario es, si no me equivoco, el descubrimiento de muchas obras de escritores famosos, hasta ahora desconocidas. Gog ha tenido siempre el placer, más aún, la manía de coleccionar. Nos dice que compró en Inglaterra una colección de autógrafos de Lord Everett, colección que sólo contenía trozos y esbozos de obras inéditas, y por su parte, el mismo Gog se ha esforzado por enriquecer esa preciosa colección con otras adquisiciones. Así, pues, los lectores hallarán aquí, por vez primera, noticias referentes a obras, ignoradas por completo hasta el presente, de Cervantes y de Goethe, de William Blake y de Robert Browning, de Stendhal y de Víctor Hugo, de Kierkegaard y de Miguel de Unamuno, de Leopardi y de Walt Whitman. Estas solas e inauditas revelaciones bastarían para que *El libro negro* fuera uno de los acontecimientos literarios más singulares de estos tiempos.

Además, e igual que en tiempos pasados, Gog ha encontrado en su camino seres humanos paradójicos y lunáticos, preconizadores de nuevas ciencias y nuevas teorías, a cerebrales maniáticos y locos sueltos, a cínicos delincuentes y visionarios. En su conjunto esos seres ofrecen un retrato fantástico y pavoroso, satírico y caricaturesco, pero más que nada, me parece, un retrato sintomático y profético de una época enferma y desesperada más que nunca. Esto que parece diversión, para los espíritus más vigilantes puede ser un saludable adoctrinamiento.

Esta selección hecha en la nueva cosecha de las experiencias de Gog, me parece mucho más sabrosa e importante que la realizada veinte años ha. Me agradaría que esta misma opinión fuera compartida, una vez llegados a la última página, por todos los lectores de *El libro negro*.

Giovanni Papini
Florenca, 5 de noviembre de 1951

Conversación 1

VISITA A ERNEST O. LAWRENCE

(O ACERCA DE LA BOMBA ATÓMICA)

Los Angeles, 2 de diciembre.

Han pasado ya bastantes meses desde la explosión de la bomba atómica en Hiroshima, y acabo de conversar con el ilustre físico al que se debe principalmente esa terrorífica invención.

No es nada fácil acercarse al Profesor Ernest Lawrence, porque los sabios atómicos, como los más famosos gánsters, son celosamente custodiados. Pero tenía un grandísimo deseo de conversar con el inventor del ciclotrón, con el descubridor, junto con Oppenheimer, del nuevo método que logró la escisión de los átomos y que permitió la fabricación de la flamígera bomba.

Después de varios intentos fracasados logré conversar con Lawrence. Más que nada, anhelaba conocer o adivinar si se había planteado el problema de la responsabilidad moral que implica el espantoso invento en el que participó con otras pocas personas. No perdí mi tiempo pidiéndole dilucidaciones científicas que él se habría negado a hacer y que por mi parte no hubiera sido capaz de comprender. En cambio, y con franqueza brutal, le pregunté:

—¿Qué experimenta usted, mister Lawrence, ante el pensamiento de los estragos debidos a su descubrimiento, y de los otros, quizá más vastos, que sobrevendrán en el futuro?

El mortífero profesor no se alteró lo más mínimo, me respondió con una calma angelical:

—Quiero suponer, mister Gog, que usted sabe, por lo menos de un modo general, qué es la ciencia y cómo ha sido siempre, al menos desde Tales en adelante, la pasión de los sabios. Éstos no se preocupan en lo más mínimo de las posibles consecuencias prácticas, sean útiles o nocivas, de sus investigaciones y de sus teorías. Tan sólo se proponen elaborar hipótesis y módulos capaces de dar una representación aproximada y una interpretación plausible del universo y de sus leyes. Los fundadores de la nueva Física nuclear: Rutherford, Niels Bohr y demás, no pensaban ni preveían que sus descubrimientos darían a los hombres, más adelante, la capacidad de fabricar una bomba capaz de aniquilar en pocos segundos a millares y millares de vidas. Tan sólo querían penetrar los secretos del átomo, de esa última parte de la materia que por espacio de tantos siglos había parecido ser indivisible, mostrándose refractaria a cualquier análisis. Resumiendo: querían conocer y no destruir. Yo mismo, con el ciclotrón, me proponía simplemente acelerar los movimientos de esas partes electrificadas, y esto para una finalidad exclusivamente experimental. Luego vinieron los militares, los políticos, quienes quisieron servirse de nuestros descubrimientos para uno de los objetivos máximos de las competencias mundiales: la abolición rápida y en masa de las vidas humanas.

»Ésta es la eterna tragedia del hombre: no puede menos que indagar, explorar, conocer, y casi siempre sus descubrimientos hacen sobrevenir catástrofes y muerte. La física nuclear es el acto más trágico de esta tragedia: por haber querido revelar los secretos del átomo el hombre tiene ahora en sus manos el medio para destruirse a sí mismo, para destruir la vida en todas sus formas, quizá para destruir al mismo planeta.

—Comprendo perfectamente —le respondí— pero a pesar de todo ello, ¿no experimentan alguna vez el escalo-

frío del remordimiento? ¿No estaría mejor renunciar al deseo del conocimiento a fin de ahorrar las vidas de los seres humanos?

—Le haré observar —replicó el profesor Lawrence con su voz tranquila— que la hecatombe de vidas humanas no debida a las enfermedades y a la vejez, es mucho mayor, en años de paz, que la debida a la bomba atómica. Ésta se cobra muchas víctimas en un minuto, mientras que las otras causas hacen muchísimo más, pero diseminadas y esparcidas tanto en el espacio como en el tiempo. Hagamos algunos números. Sume a todos los que mueren asesinados por sus semejantes con armas o con venenos, a los que se matan con sus propias manos, a los que son deshechos por los automóviles, a las víctimas de choques y siniestros ferroviarios, a los que arden en los aeroplanos incendiados, a los que se ahogan en los ríos o en los naufragios marítimos, a los obreros que son triturados por las máquinas, a los mineros que se asfixian sepultados en las minas, a los que son ahorcados o fusilados por sus delitos, a los que son alcanzados por los tiros de la policía en los movimientos o motines y a los que son barridos por las ametralladoras, a los que mueren carbonizados en los incendios y explosiones, a los que fallecen de golpe en los certámenes de boxeo o en las carreras de automóviles, a los fulminados por la corriente eléctrica y a los alcanzados por los tóxicos en los experimentos científicos. Y tenga en cuenta que dejo a un lado a las víctimas de los terremotos, de las erupciones volcánicas, de los rayos, de los deslizamientos de tierra y de los aludes. Cuente tan sólo los seres humanos que mueren por causas estrictamente humanas, y verá que cada año y en todo el mundo alcanzan a varios millones, que son muchísimo más que los muertos por la condenada bomba atómica. Pero, como esos pobres cadáveres se hallan diseminados en todos los países, y son segados por muerte no natural y violenta en distintos días y meses, entonces, únicamente los estudiosos de la estadística llegan a tener conocimiento de

los pavorosos totales; por eso es que el hombre común se conmueve y excita ante el episodio de Hiroshima, y no piensa en esas otras calamidades, mucho mayores, que acontecen todos los días y en toda la superficie de la tierra. La compasión no alcanza a ser homeopática, sino que es suscitada únicamente por el exterminio simultáneo y en masa.

»Y, sin embargo, también en las innumerables atroces muertes de cada día hay siempre responsables: fabricantes, técnicos, conductores, criminales, perezosos, descuidados, ignorantes, etc. Por lo tanto, ¿por qué únicamente yo habría de sentir remordimiento, yo que trabajé antes que nada para acrecentar los conocimientos del universo que posee el hombre, yo, que únicamente por obligaciones de ciudadano colaboré en la construcción de un arma que debía vindicar y proteger a mi patria?

La conversación ya había durado demasiado tiempo, y el profesor Lawrence me despidió con breves palabras.

Conversación 2

UNA FIESTA PAVOROSA

Miami, 3 de mayo.

Mi exsocio Samuel Puppenheim, que continuó en los negocios hasta hace poco tiempo, me invitó a una fiesta por él ideada para inaugurar su grandiosa y suntuosa villa de Florida. Cené con él y con su esposa; me causó la impresión de que estaba gozosamente nervioso. Me dijo repetidas veces:

—Verás algo que jamás se ha visto; abre bien los ojos y aguja bien los oídos a fin de no perder nada de este espectáculo único.

Comenzaron a llegar los invitados; eran pocos, pero hombres que, sumados en conjunto, representaban varios miles de millones de dólares.

Samuel nos condujo al teatro de la villa: un vastísimo anfiteatro con gradas de mármol y almohadones de terciopelo, rodeado enteramente por espesas hileras de coníferas oscuras. La fiesta comenzaría con un *ballet* que tenía este curioso nombre: Tríada, terceto, terno.

Sobre un palco situado en medio del anfiteatro, y que de golpe fue inundado con rayos de luz solar, aparecieron tres figuras multicolores, inmóviles, enigmáticas.

La primera tenía el rostro dorado, la cabellera verde y una mórbida capa de color tórtola. El rostro de la segunda era de color plateado, la cabellera azul y la capa verde cobre. La tercera tenía un rostro blanquísimo, como yeso, el

cabello de color rojo fuego y la capa con los colores del pavo real. No se les veían ni los brazos ni los pies, porque las tres figuras estaban envueltas en amplias túnicas que llegaban hasta el suelo. Ni siquiera se podía saber si eran hombres o mujeres aquellos espectros coloreados agigantados por la cálida luz de los proyectores.

Se oyeron los primeros compases de una música tejida con disonancias quejasas, y las tres comenzaron a moverse, a inclinarse, a girar sobre sí mismas, a perseguirse y agruparse; ya se ubicaban triangularmente, ya retrocediendo con lentitud, el busto echado hacia atrás. Se oyó un fragoroso golpe seco, causado por un instrumento irreconocible pero diabólico, y los tres espectros cayeron juntamente, extendidos, supinos, y así permanecieron inmóviles, como cadáveres, hasta que se apagaron las luces.

Al cabo de breves momentos el anfiteatro fue bañado por una claridad cándida, como producida por muchas lunas. Se vio entonces una red de delgados hilos de acero, red que se sostenía entre negros y elevados pilares. Cada uno de esos hilos se parecía a los que se tienden en los circos para las proezas de los equilibristas, pero eran muchos y estaban dispuestos en direcciones varias, formando diagonales y multitud de ángulos.

Junto a mí estaba Samuel, quien me susurró al oído:

—Ahora verás y oirás recitar el último acto de *Lucifer*, de Vondel, por actores funambulescos. Sabes que en esa famosa tragedia del máximo poeta holandés, todos los personajes son ángeles y, por lo tanto, está bien que la representación se desarrolle allá arriba, por encima de la tierra.

En efecto, en aquel instante aparecieron algunos jóvenes con aspecto de ángeles. Tenían en las espaldas grandes alas, sus rostros eran luminosos; se movían sobre aquella tenue red de acero, suspendidos sobre el vacío y a gran altura, y comenzaron a declamar los apretados y elocuentes versos de Vondel. Pronto reconocí a *Lucifer*, más alto que los otros, provisto de inmensas alas de terciopelo negro;

escuchaba impertérrito, erguido hacia lo alto, los reproches y menosprecios de Rafael y Miguel. Los ángeles rebeldes podían ser reconocidos porque llevaban máscaras de líneas faciales más crueles y se movían furiosamente de un lado para otro, caminando sobre los hilos del fondo, como condenados prestos para precipitarse en los abismos.

Escuché con paciencia los poéticos apóstrofes del gran Vondel, mas, para ser sincero, diré que no hallaba en ello una gran diversión. La única emoción era causada por la temblorosa espera, como suele acontecer en las exhibiciones acrobáticas, ante la posibilidad de ver que alguno de aquellos audaces actores cayera cabeza abajo y se hiciera pedazos en el suelo.

Concluyó el acto y se apagaron las luces. Siguió luego una larga pausa de silencio y oscuridad y finalmente se vio una gran luz rojiza, de incendio, que parecía llover sobre el palco situado en el centro del anfiteatro, y de repente se vio la orquesta más extravagante que fantasía humana pueda imaginar. El vasto palco estaba completamente ocupado por una pequeña multitud de desechos humanos, de miserables fantasmas de la decadencia y la miseria. Pude descubrir a viejos jorobados vestidos con harapos, a mutilados y enfermos cubiertos con deshilachados gabanes negros, a mujeres viejas y deformes con desesperados rostros de epilépticas e histéricas, brujas con las greñas enredadas y la mirada feroz, enanos deformes haciendo contorsiones de payasos, viejos ciegos que alzaban al cielo sus pupilas muertas. Cada uno de aquellos despojos humanos llevaba un instrumento musical, uno de esos viejos y seculares instrumentos que ahora se ven solamente en los grabados de Callot o en los caprichos de Goya; violas panzonas, flautas más largas que un telescopio, trompas enormes arrancadas de quién sabe qué orquesta infernal, tambores altos y estrechos como columnas quebradas, arpas africanas, guitarras sesquipediales, atabales y putipú napolitanos, castañuelas de marfil y salvajes tam-tam de bronce.

Apareció el director, semejante a un esqueleto, vestido con atuendo de noche, y en vez de la batuta común alzó en el aire un grueso palo de billar. A ese movimiento, todos aquellos haraposos y revueltos músicos comenzaron a tocar, cada uno por su lado, y el anfiteatro se llenó de silbidos, de sollozos, estruendos, estertores, acordes estridentes, de frases musicales rabiosas y lacerantes que hacían pensar en un concierto demoniaco. Miré lleno de espanto aquellos rostros transfigurados y desesperados, algunos pálidos como los de los agonizantes, otros húmedos y colorados como de dementes delirantes. Y cuanto más tocaban más se sacudían y agitaban; los mutilados golpeaban sobre la tarima con sus muletas o pies de madera, los jorobados enarcaban la cerviz como gatos enormes dispuestos a combatir, las mujeres parecían sacudidas por crisis convulsivas.

Y en un momento dado no se contentaron con tocar sus desarmónicos instrumentos, sino que comenzaron a cantar, a gritar, a aullar, a silbar, a ulular, como pretendiendo transformar aquella satánica sinfonía en la exasperación de un crescendo frenético y demoniaco.

Algunas de las mujeres rodaban por tierra, los lisiados pretendían danzar en medio de aquel conglomerado de carne repugnante, el esquelético director, siguiendo un ritmo imaginario, golpeaba las cabezas calvas y tiñosas de los músicos más próximos a sí.

Como Dios quiso, concluyó aquella bacanal sonora de endemoniados contrahechos; se apagaron las luces y callaron las voces. No podía más con el disgusto y el horror que sentía. Me levanté para huir, mi amigo Samuel se dio cuenta y me preguntó:

—¿No te gustó mi fiesta?, ¿no ha sido quizás el espectáculo más original que se haya realizado en este país?

Le respondí que la fiesta había sido magnífica y sorprendente, pero que sentía necesidad de descansar. Corrí a mi automóvil y a gran velocidad regresé a mi hotel. El ruido del mar me pareció una melodía dulcísima.

Conversación 3

EL TRIBUNAL ELECTRÓNICO

Pittsburg, 6 de octubre.

La construcción de máquinas pensantes ha progresado muchísimo durante los últimos años, especialmente en nuestro país, que ostenta ahora el primado de la técnica así como Italia tuvo en sus tiempos el primado del arte, Francia el de la elegancia, Inglaterra el del comercio y Alemania el de las ciencias militares.

En estos días se realizan en Pittsburg los primeros experimentos para utilizar máquinas en la administración de la justicia. Después de haberse construido cerebros electrónicos matemáticos, dialécticos, estadísticos y sociológicos, ya se ha fabricado en esta ciudad, fruto de dos años de trabajo, el primer aparato mecánico que juzga.

Tal aparato gigante, con un frente de siete metros, se alza en la pared de fondo del aula mayor del tribunal. Los jueces, abogados y oficiales de justicia no ocupan sus lugares habituales, sino que se sientan como simples espectadores entre las primeras filas del público. La máquina no tiene necesidad de ellos, es más segura, precisa e infalible que sus reducidos cerebros humanos. Como único ayudante el enorme cerebro tiene a un joven mecánico que conoce los secretos de las innumerables células fotoeléctricas y de las quinientas teclas de interrogación y comando. El único recuerdo del pasado que se ve en la máquina es una ba-